

GREMIALES

TIEMPO DE REFLEXIONAR

Este mes el desarrollo de varios hechos, ha llegado a integrar un "tiempo" gremial, caracterizado por las expectativas.

Ha creado expectativas el gobierno al anunciar su interés en comenzar el llamado "tiempo social", como otra etapa de la programación prevista para su gestión, sin haber definido con precisión el "tiempo económico", ni los procedimientos que utilizará en esta su nueva etapa.

Ha creado expectativas la vigencia de la Ley que congela los salarios (cuya esencia consiste en el mantenimiento del real poder adquisitivo de los mismos) al no indicar el "tiempo" en que deberán ajustarse los salarios nominales, ni la forma (ajustes masivos, paritarias, acuerdos por empresas) que se adoptará para lograrlo.

Ha creado expectativas entre los trabajadores, la división de sus dirigentes.

Se ha creado expectativas en las empresas; tanto en las que forman fila para acogerse a la Ley de Recuperación Industrial, como en las que han decrecido en su optimismo ante la objetiva información de sus cifras de ventas.

De esta forma llegamos al corriente mes y tantas expectativas han generado desasosiego en unos casos, angustia en otros y en otros apatía.

Sucede que actualmente se discurre demasiado sobre los aspectos teóricos o institucionales del "tiempo social", y se descuida o ignora lo que es su fundamento previo e ineludible. Para construir hay que disponer de materiales, comenzar por los cimientos, levantar paredes y colocar recién el techo. Para el "tiem-

po social" es recomendable seguir el mismo orden, sin creer que basta eludir una etapa para que éste quede cumplida, o creer que el "tiempo social" puede iniciarse en función de un "tiempo político". Hacerlo sería no advertir las limitaciones formales que impone la realidad actual.

Mientras tanto se ha venido desarrollando otro "tiempo", para los trabajadores y las empresas. El tiempo para crear, para encontrarse, para descubrir juntos que la verdad de sus relaciones, en los países desarrollados, no está en la lucha entre sindicato y empresa, sino en la colaboración de ambos en función social.

Tanto la Dirección de las empresas como la Dirección sindical, que reniegan entre dientes del dirigismo o del paternalismo, no terminan de decidirse a asumir el rol social que les corresponde. Cuerpos jóvenes de la Sociedad ambos, acostumbrados a las soluciones proveídas y a la molición de discusiones improductivas, parecerían no estar en condiciones de afrontar el esfuerzo que significa la búsqueda de sus propios objetivos comunes.

No se advierte en todo este "tiempo" a pesar de las condiciones que se dan, manifestación alguna de ambas partes que demuestre su independencia, su voluntad, su capacidad, para buscar o crear soluciones a sus propios problemas comunes. En este último "tiempo" han desaparecido la efervescencia de las discusiones paritarias o de las medidas de fuerza que mantenían a las partes en continua tensión. Fue reemplazado por la tranquilidad y la paz laboral. Se dieron

las condiciones más adecuadas para que ambas partes crearan la estructura de soluciones a sus propios problemas comunes.

Nadie mejor que la empresa y el sindicato para reconocer cuán beneficioso sería cambiar rotundamente el enfoque de las discusiones.

La idoneidad gremial para tales discusiones, se atribuye en gran parte a su habilidad para luchar en la guerra de los salarios y lo mismo sucede en la dirección de las empresas. Abandonar el mito del problema de los salarios, requiere integridad, coraje, capacidad y altos puntos de mira en ambas partes. Tal vez por eso en estos "tiempos" es tan grande la brecha entre el salario como costo y el salario como ingreso, tal vez por eso nuestros convenios salvo muy pocas excepciones, son tan escasos en materia social propiamente dicha.

Esta es la observación que tanto a los dirigentes de empresas como a los dirigentes sindicales les hace este "tiempo real" transcurrido entre especulaciones y divisiones. Para recuperarlo no basta ya con tener responsabilidad técnica, porque con su transcurso se agranda la responsabilidad moral y cívica. Y en este último caso se producen dos actos sensibles para los que anhelan el "tiempo político": o se ignora que por sobre las teorías y las especulaciones económicas o políticas, están las necesidades reales de los trabajadores y sus familias, o se ignora el peligro de que los mismos trabajadores, por un fomentado escepticismo hacia las especulaciones y las teorías, lleguen a estar imposibilitados de elegir individual-

mente entre una estructura económica que les permita convivir por medio de una libre y voluntaria colaboración, o los obligue a convertirse paulatinamente en

una sociedad servil o totalitaria.

En ambos casos, el "tiempo real", el tiempo de los resultados, ha transcurrido y seguirá transcurriendo, mientras ambas

partes persistan en vivir enamorados del futuro y divorciados de la realidad. Se ha dado el "tiempo de reflexionar".

Eduardo O. Pérez

UNIVERSITARIAS

LA UNIVERSIDAD EN INGLATERRA

Hablar de la tradición de las universidades británicas, de su situación y de sus futuras perspectivas resulta un tema tan vasto que solo puede esbozarse a grandes rasgos.

Empecemos por la tradición. En el Reino Unido e Irlanda del Norte hay en la actualidad 45 universidades, algunas de las cuales se fundaron en épocas muy lejanas: más de 20 fueron creadas en lo que va de esta década y las restantes en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX. Cuando hablamos de "tradición" nos referimos generalmente a la constitución, organización, actitudes y actividades de las universidades más antiguas en su constante evolución a través de los siglos desde el medioevo, adaptándose a las transformaciones intelectuales y sociales de las distintas épocas, creando, al mismo tiempo, una fabulosa herencia de sabiduría y relaciones cuyas herederas son las universidades de más reciente fundación.

El saber si las nuevas universidades buscarán acrecentar este patrimonio mediante la continuación de las mismas tradiciones o si tratarán de crear un nuevo espíritu y nuevos métodos en la persecución de ideales muy distintos, es una cuestión de gran interés y de trascendental importancia para nosotros y para las generaciones futuras. Vivimos en una época de transición en un mundo en vertiginosa evolución —una evolución que, dicho sea

de paso, es principalmente el producto de una labor que se realiza dentro de los claustros— y donde también esos valores son tenazmente defendidos como necesarios y de ningún modo anticuados, considerándose que pueden servir de norma para ordenar y controlar los abrumadores adelantos intelectuales y tecnológicos de nuestra época a fin de que pasen de servidores a dueños de la humanidad.

DESARROLLO HISTORICO

La mayoría de los extranjeros, cuando se refieren a las universidades británicas, piensan y hablan de Oxford y de Crambridge como las instituciones típicas, pero la verdad es que ellas no son los prototipos de todas las universidades fundadas posteriormente: son excepcionales. Debido a esta aparente paradoja y dada su antigüedad y prestigio, debemos dedicarles un poco de tiempo y examinar su constitución para señalar las características que las diferencian de las otras universidades.

La Universidad de Oxford fue fundada en el siglo XII y la de Cambridge en el siglo XIII. Desde sus comienzos los profesores y alumnos se organizaron en comunidades, se podría decir en comunidades enclaustradas, de tipo monástico. Con la ayuda de personas piadosas y acaudaladas se erigieron espléndidos edificios también reminiscentes de los claustros, con sus capillas y re-

fectorios.

La primera comunidad así constituida se llamó "college", y en el transcurso del tiempo más comunidades o "colleges" se fueron formando, cada uno con profesores y alumnos y cada uno con su imponente edificio. Esos "colleges" contaban con recursos propios, tanto materiales —muchos fueron dotados de tierras y dinero por benefactores— como intelectuales, ya que cada uno de ellos disponía del número de profesores necesario para instruir a sus alumnos en las disciplinas de la época. Era tal la autonomía de esos "colleges" que en el siglo XVIII existió el peligro de que Oxford y Cambridge se desintegraran convirtiéndose cada "College" en una pequeña universidad, pero se salvaron de este infortunio porque, aun cuando los "colleges" estaban en condiciones de proporcionar cursos completos de instrucción dentro de sus muros, no gozaban del derecho de conferir títulos —derecho éste que estaba reservado a la universidad como un vestigio de su antigua autoridad original y que se encarnaba en unos pocos funcionarios: el Cancelario, el Vicescancelario y algunos otros.

En nuestros días se ha creado un nuevo equilibrio entre los "colleges" y la universidad porque las nuevas disciplinas requieren grandes gastos en cátedras, laboratorios, hospitales, bibliotecas y equipo técnico, que están a disposición de todos los "colleges" pero que solo pueden obtenerse